



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera
INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 6

Salamanca 15 Diciembre de 1914

Año I

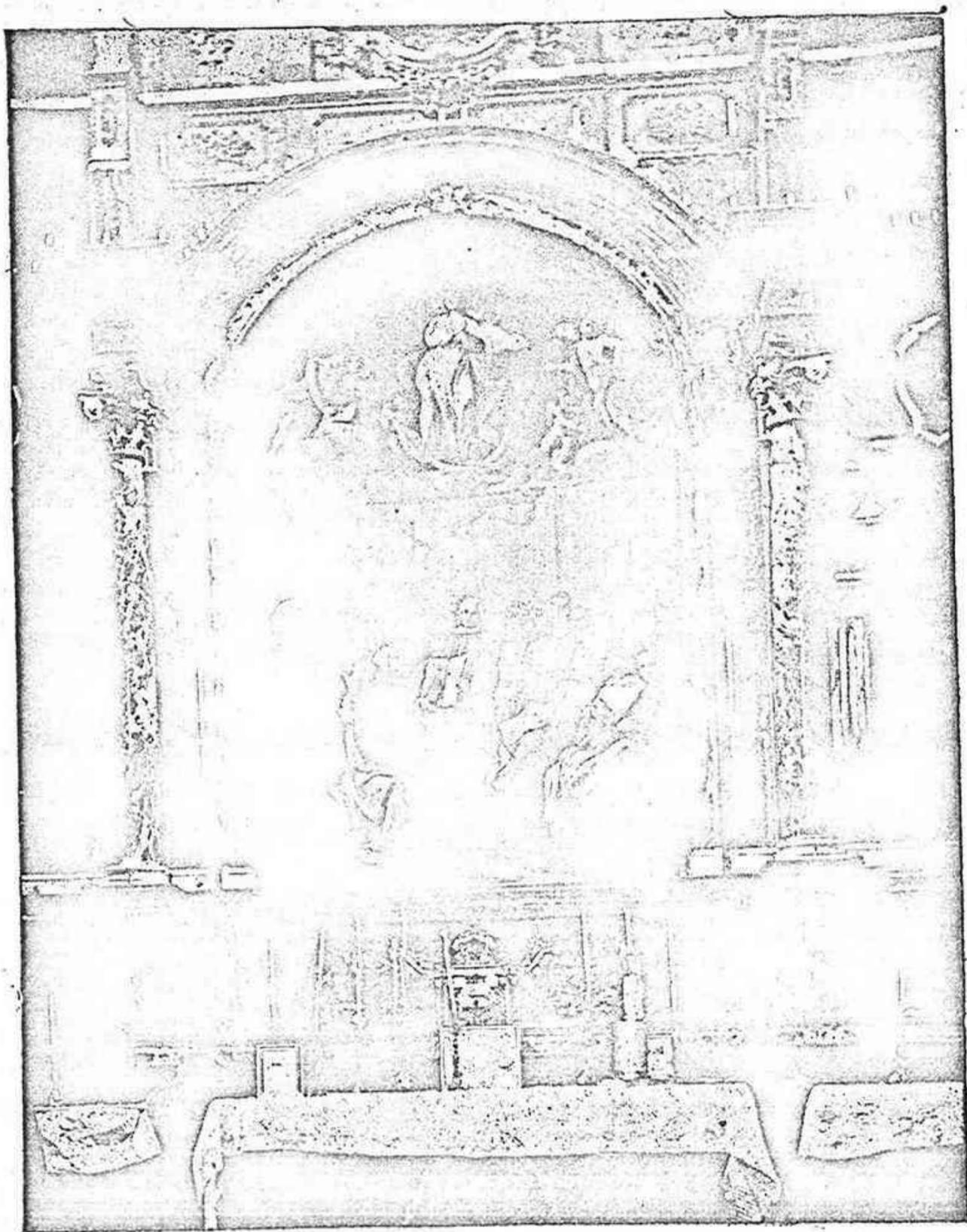
La Inmaculada Concepción



HUMILDEMENTE tomamos la pluma para ensalzar en breves palabras nuestra devoción, la que podemos llamar *nuestra* y muy española, a la Santísima Virgen en el misterio de su Concepción Inmaculada.

Aquí, en Salamanca, en la ciudad celeberrima de los Estudios, defendieron el dogma de la Inmaculada con noble tesón nuestros teólogos, El Tostado, oráculo del Alma Mater, Juan de Segovia, Juan de Sahagún, Tajal, Cisneros en el siglo xv; Castro, Córdoba, Vega, Vellosillo, Azpilcueta, Palacios, Martínez Siliceo, Ovando, Ciruelo, Peraza, Soto, Curiel, Leon, Antolínez, Salazar, Ponce, Zumel en el siglo de oro de nuestras letras... De nuestra Universidad gloriosa salieron no pocos teólogos que defendieron el inefable dogma en el doctísimo concilio de Trento y son legión los que en el siglo xvii, el siglo de la Inmaculada, defienden en la cátedra, en el libro y en el púlpito la definibilidad del misterio.

Es este el siglo del poeta teólogo, del egregio Calderón de la Barca, del pensador y filosófico dramaturgo que columbra mundos suprasensibles y de soberana belleza. En más de sesenta autos sa-



JURAMENTO DEL CLAUSTRO DE DOCTORES DE DEFENDER EL MISTERIO
DE LA INMACULADA

(Cuadro del famoso artista Plácido Constancio
Consérvase en la capilla de la Universidad salmantina)

cramentales, flotan entre las nubes de altísimo pensar, imágenes luccientes, de rutilante veste, las hermosas y recias heroínas bíblicas, trazos dispersos de aquel soberano arquetipo de belleza en que se suman las perfecciones todas, la elegida del Padre por su Hija, pre-

destinada madre del Verbo, enriquecida con gloriosísimos dones por el Santo Paráclito como su Esposa castísima e Inmaculada.

Y aún más vigorosamente que Calderón, si cabe, lograron los célicos pinceles del Españolito darnos la humana sensación del dechado gloriosísimo de belleza de la más pura de las criaturas.

Es nuestro cuadro pasmoso de las Agustinas. El Padre Eterno en las alturas de la gloria extiende el brazo diestro en señal de hartura, de plenitud, como si su omnipotencia hubiera podido colmarse al crear la Reina de las criaturas; coros de serafines despiden a la que baja del Cielo para redimir a la Humanidad, y viene entre nubes de ángeles y coronada de luz, de hermosura, la nacida sin mancha y eternamente pura.

Es para mí este nuestro cuadro de Monterrey superior a todos los concepcionistas, sin excluir el Murillo del Louvre, aventajándolos en la plasticidad de la luminosa inspiración del pintor valenciano.

Nuestra comenzamos llamando la fiesta de la Inmaculada y creemos que con justos títulos podemos invocarla los salmantinos.

El muy noble Concejo de Salamanca juraba ante la Virgen de la Vega derramar hasta la última gota de sangre en defensa de este misterio, y la Universidad acordó en 7 de Abril de 1618 establecer por Estatuto que todos los graduandos desde bachiller en adelante jurasen sostener la pureza original de María y que el postrer domingo de Octubre *se haga la fiesta de Nuestra Señora de la Concepción perpetuamente, para siempre jamás.*

.....

Y ahora dirijamos una plegaria a la Santísima Virgen, Patrona de España y de nuestro ejército. Que la encarnizada lucha, la asoladora guerra europea acabe para bien de todos. Que se restablezca la *Paz*, la paz que es la vida y el progreso de los pueblos. Te lo pedimos, Virgen Inmaculada, en nombre de tantos huérfanos que han perdido a sus padres en el campo de batalla, de tantas esposas que ven derrumbarse el hastial del hogar, de tantos y tantos padres que pierden para siempre a los hijos de sus amores y desvelos.

Y mira siempre benigna a nuestra Patria que se precia de ser tu hija querida y la pregonera de tus gloriosas prerrogativas.

LA REDACCIÓN.





SEMBLANZA DE UN PRELADO ⁽¹⁾



«EXCMOS. SEÑORES:

Yo confieso que el respeto debía hacerme callar...; mas el amor no debe de guardar silencio, por respetuoso que éste sea, y quiero parecer indiscreto a aquellos que no sienten lo que hace sentir un verdadero amor».

Permitidme, señores, que haga mías estas palabras de Fenelón; en una de sus más hermosas oraciones; la pronunciada en la consagración del Elector de Colonia.

Porque con amor, que es sangre del alma, han sido escritas las

(1) Cuartillas leídas por su autor en el Paraninfo de la Universidad salmantina, en solemnísimos actos literarios presididos por los Rvmos. Sres. Obispos de Salamanca, Pamplona, Plasencia y Ciudad-Rodrigo, y celebrado el día 17 de Mayo de 1910, con motivo de la inauguración de la estatua del que fué iniciador de las obras de la Basílica Teresiana en Alba de Tormes y fundador de esta Revista, que honramos hoy con el fotograbado de la hermosa estatua, obra de Marinas, la cual se alza sobre artístico pedestal, de estilo ojival florido, trazado por el arquitecto Sr. Repullés y Vargas.

Erigida por suscripción popular, que fomentara el Círculo de Obreros de Salamanca, y emplazada entre grandiosos monumentos, representativos de la fe, de la ciencia, del orden y de la disciplina—la Catedral, Universidad, Palacio de Anaya y Escuela Normal—y entregada al respeto, a la admiración y a la cultura de los salmantinos, es de lamentar que manos atrevidas hayan arrancado parte de la dedicatoria que se leía en uno de los entrepaños del basamento.

¡Es todo un símbolo de los tiempos, y del medio ambiente!... Y a la vista de tamaña profanación, bien podemos repetir que

«No es menester que el Aquilón los lance;
Los bárbaros están dentro de *Roma*».

(N. de R.)

líneas, que entrego a vuestra cortesía benévola, y en las cuales he intentado esbozar la figura eminente y sintetizar la asombrosa labor en Salamanca de aquel Prelado bueno, que gozaron nuestros ojos, y a quien bendicen ahora nuestros labios.

La Providencia le trajo entre nosotros, cuando en el claustro y en la Corte su nombre había alcanzado ya la consagración de la ciencia y la más ennoblecadora de la virtud, para continuar la áurea cadena de Prelados insignes, ornamento de la Iglesia salmantina. Al último de aquéllos, al Obispo de espíritu inflexible, que inauguró con bautismo de sangre la silla episcopal de Madrid-Alcalá, vino a suceder en la de Salamanca el Prelado, cuya estatua ha erigido el voto unánime del cariño de sus diocesanos, de sus admiradores y sus amigos.

¿Recordáis su entrada de triunfo desde el colegio de Nobles Irlandeses a la Catedral Basílica? ¿Recordáis las espontáneas exclamaciones de veneración y simpatía, y aquel irse las miradas de la apiñada muchedumbre en pos de la dulce figura del nuevo Obispo, hermoso su semblante con los encendimientos de la emoción, que un suave nimbo de modestia hacía más atrayente, mientras su diestra mano se extendía para enviar a todos rica bendición de padre?

¿Recordáis su primer saludo de paz y los augurios de ventura y dicha para su grey, y los acentos de arrebatadora elocuencia con que vibró su palabra, pocos días después, en el soberbio templo de las Agustinas?...

Por espacio de cuatro lustros consecutivos no se apagó ni menguó en calor y vida aquella palabra adoctrinadora del Maestro, la cual fluía de sus labios, diáfana, ondulante y armoniosa, y pegaba fuego en el alma, y en momentos de suprema inspiración hacía sentir el escalofrío de lo sublime.

Era un enamorado del Evangelio. Lo leía y rumiaba, a la continua, para descubrirnos después la entraña viva de la verdad que encierra. ¡Y con qué alteza de pensamientos! ¡Y con qué ternura tan efusiva! ¡Y con qué delicadeza en la insinuación! ¡Y con qué arte tan exquisito! Bastábale para enseñorearse de los oyentes, uno de sus ademanes soberanos, uno de sus gestos triunfadores... ¿Recordáis, recordáis sus homilias en el púlpito de la Catedral? ¿Recordáis vosotros, señores sacerdotes, aquellas íntimas pláticas, a lo San Pablo, que dirigía a su clero en los días de retiro espiritual?...

Pero no fué sólo bajo las ingentes naves catedralicias, ni en las humildes iglesias de la diócesis (tres veces la recorrió, de un cabo al otro cabo, en fecundas visitas pastorales) en donde resonó la palabra apostólica del gran Obispo.

«En esta Cámara—decía el Presidente del Senado, general Azcárraga—le hemos visto tomar parte en las discusiones que afectaban a los intereses morales de la Patria y llevar la voz de la Iglesia con aquel alto sentido de su deber, aquella profunda ilustración y aquel espíritu de magnanimidad, que constituían el fondo de su elocuencia».

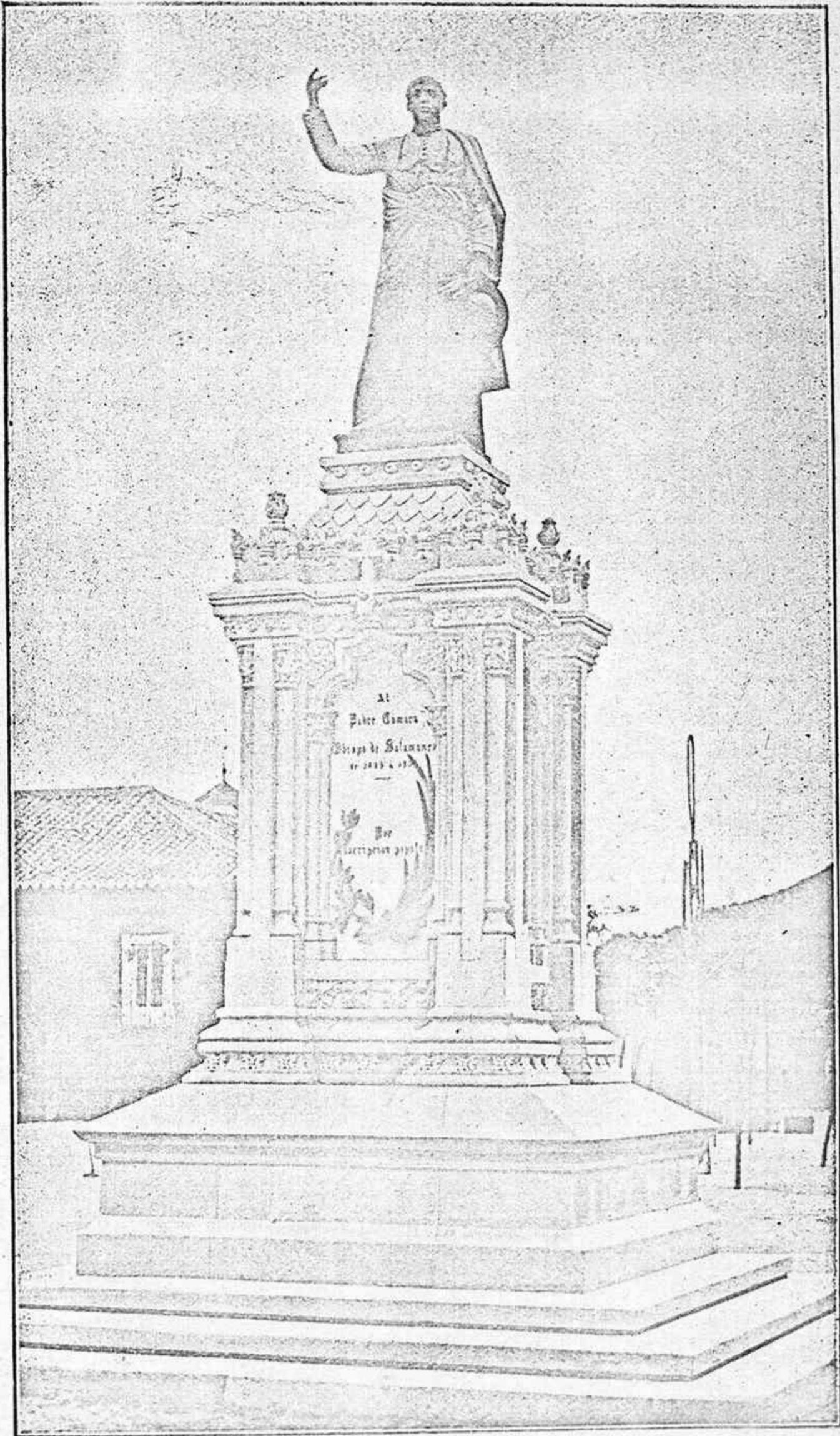
Y las sapientísimas enseñanzas, pan sabroso de doctrina, que distribuía entre sus diocesanos desde la cátedra sagrada; y los viriles acentos con que vindicara los sacrosantos derechos de la Religión desde los escaños del Parlamento, irradiaban también de su pluma maravillosa, a la cual jamás embotó la herrumbre de la ociosidad.

¿No hizo él una obra inmensa de cultura cristiana y de alto civismo con la divulgación popular de sus jugosas pastorales, iluminando con los centelleos de la verdad las frentes de los humildes y confortando sus pechos, reciamente batidos en el duro batallar de la vida, con brisas refrigerantes de amor y de esperanzas?

¿No fué la pluma del Maestro, celoso guardador de la ortodoxia doctrinal, la que trazó orientación clara y segura a inteligencias juveniles, que así se lo suplicaron para no naufragar en las sirtes de un determinismo fatal y negador del libre albedrío del hombre?

¿Y no fué también aquella pluma la que, en ratos hurtados de descanso de abrumadoras tareas, nos regalaba las mieles de sus cariños a la Virgen, Madre del Buen Consejo; la pluma, que destilaba el néctar de los afectos, pingües y balsámicos, de un alma «ascua viva de amor» en presencia de Jesús Sacramentado; la pluma, en fin, que cinceló el retrato biográfico de la angelical Vizcondesa de Jorbalán, e hizo revivir en Salamanca la olvidada, portentosa *Vida* de su aclamado Patrono, al que deseaba erigir un altar de gratitud y devoción en nuestros pechos, mientras que adunaba la piedad y el arte para consagrarle suntuoso templo material, pregonero de la gloria del humilde fraile agustino?...

Señor Obispo—decía el malogrado señor Martínez Izquierdo a su fiel amigo y sucesor:—Dejo a usted en la diócesis de Salaman-



ESTÁTUA DEL INOLVIDABLE PADRE CÁMARA

ca un problema de cal y canto ¿Logró resolverlo? Yo, lo que puedo asegurar es que en ello puso todo el empeño de su voluntad de acero.

Monumentos salvados de la ruina o alzados de nueva planta para el culto de Dios y el decoro de la ciudad y de la diócesis; filigranas de la incomparable fachada de nuestra Catedral; robustos pilares, en horas de patrio desaliento amasados con el sudor de su frente, que reflejásteis vuestro dolor en las corrientes lágrimas del Tormes y servísteis de blandones funerarios en el amargo día en el cual dejó de visitaros para siempre aquel perpetuo peregrino teresiano. . *Basilica* de sus ensueños, relicario magnífico para el corazón más grande y endiosado, que, del lado acá de la Cruz, ha latido en pecho de mujer...; vosotros sois el mudo poema, el *canto al trabajo*, que, en estrofas de piedra, legó a la posteridad el llorado Obispo, de corazón de artista y alma de poeta!...

~ ~ ~

Yo tengo mis linderos, y no los he de pasar. Por eso, enmudezco ante los esfuerzos gigantes de aquella inteligencia poderosa, que tenía modalidades adecuadas y firmes para toda empresa por difícil y espinosa que ella fuese, si se enderezaba a la gloria de Dios y a brillantar el nombre clarísimo de Salamanca. «¡Ojos al cielo y manos al remo» era su divisa. Y no he de aludir, ni al feliz éxito con que dió cima al arreglo parroquial de la Diócesis, ya intentado por sus predecesores, singularmente los señores Lapuente y Martínez Izquierdo; ni a su valiosa cooperación en el Concilio provincial de Valladolid en 1887; ni al empeño de fervor que puso en la trascendental promulgación del Sínodo diocesano de 1889; ni al influjo nuevo y de bríos que dió a la prensa periódica, en consonancia fidelísima a las reiteradas normas pontificias; ni a su fructífera acción de beneficencia social, ni al desenvolvimiento que prestó a los estudios eclesiásticos; ni tampoco a otra obra suya, quizá, en frase de un ministro de la corona, *por la que menos se le conoce en España*, es a saber: «la que realizó para tornar a los esplendores antiguos la Universidad de Salamanca, en la cual tenía cifradas sus mayores esperanzas, procurando que todos aquellos estudios reverdecieran más pujantes, volviendo a tomar la vida hispano-americana el brillo que todos esperamos ha de lograr algún día.»

Pero séame permitido llevar mi rama de laurel, pobre ofrenda de un alma agradecida, para la corona del genio, que, clavando su valiente pupila en el sol del ideal, se cernía en los espacios serenos,

donde sólo saben aletear las águilas; su planta nunca se detuvo en las impurezas de la realidad. Séame permitido batir palmas de aclamación al Mecenaz, alentador generoso del eximio artista, que, al soplo de cálida inspiración, hálito de vida, ha modelado la estatua, que hoy causa nuestros embelesos y nuestros júbilos. Y vibren también vítores de loa para el alma selecta que, en primoroso ramillete, bien oliente a madre-selvas y tomillo, entrelazara las hechiceras, virginales flores del poeta excelso, que, como nadie, rimó la intensa poesía de los campos castellanos!

~ ~ ~

«Vivió, trabajó, fué un gran Prelado!» En estas tres frases lapidarias hizo su mejor panegírico un su devotísimo amigo, académico de la Real Española de la Lengua. *Fué un gran Prelado, que vivió con un vivir lleno y trabajó* sin rendirse a la fatiga por Dios y para sus ovejas queridas.

Llevó recto el báculo pastoral, porque amó siempre la justicia; más prefería inclinarlo de la parte superior, en que adopta la simbólica forma de cayado, porque así se lo pedía su corazón paternal. No lo presentaba de punta, porque no sabía herir; y si alguna vez se veía precisado a usar de severidades en la amonestación o en la corrección o en el castigo (que nunca faltan hijos díscolos o mal aconsejados) lo hacía con suavidad y mansedumbre, recordando aquel bellissimo símil que aprendió de su padre San Agustín: «Muchas veces, en lugares angostos la gallina pisa a sus polluelos, a quienes quiere cobijar bajo sus alas, pero no con todo su peso; pues al fin es madre...»

Así, señores, era de hermoso su corazón...!

~ ~ ~

Y las más delicadas predilecciones de ese corazón fueron para Salamanca.

Quería que en Salamanca se respirase un ambiente puro, de orden y moralidad; quería transformarla en oreado, abierto campo, en el cultivo del cual fuesen beneméritos cooperadores suyos, con su clero, que le rendía el acatamiento de la adhesión más ahincada y el filial obsequio de la cordialidad más profunda, nuevas falanges religiosas, sumadas a las ya existentes, a las cuales abría, de par en par, las puertas de ese ubérrimo campo de sementera espiritual.

Quería que tan moralizador y saludable ambiente bañase las altas cumbres de la administración local y las capas inferiores del al-

ma del pueblo. Quería ahogar la discordia con la abundancia de la paz, y llevar esa paz al seno de sobresaltadas familias, que, a grito doliente, pedían la demolición de funestas «torres de desvanecimientos y dilapidaciones».

~ ~ ~

¡Se tronchó el cedro! ¡Cayó herido el titán!...

Y un día pudimos escuchar este interesante diálogo:

—Señor Obispo, le decía una voz augusta y compasiva: ¿por qué no cuida usted más de su salud? ¿No le convendría cambiar de clima? Tal vez en otra diócesis... de Andalucía... de donde usted quiera...

—Gracias, señora, ¡ya es tarde!, ¡ya es tarde...! ¡quiero morir siendo Obispo de Salamanca!...

Sí, señores; amó a Salamanca hasta la muerte.

Yo no puedo recordar, sin que el dolor me lacere el alma, aquella solemne despedida, con que sellaba eternamente el amor, ¡que fué su vida, para con sus diocesanos ¿Sonará a irreverencia (líbreme de ello Dios!), hacer aquella postrera despedida trasunto de la divina y amorosa, que diera el adorable Jesús a sus entristecidos apóstoles?

Y cuando allá... en las soledades de Villaharta, entre palpitaciones de esperanza y vislumbres de cielo, se arrojaba el moribundo obispo en las manos de Dios para sus diocesanos, para Salamanca, fueron las últimas palabras que sus trémulos labios pronunciaron; para Salamanca su última, su más entrañable bendición.

.....

Señores: yo no sé decir más para esmaltar la memoria y encarecer la labor de aquel santo obispo que se llamó ¡don fray Tomás Cámara de Castro!

Ya he pronunciado este nombre, para mí sagrado.

¡Aclamadlo vosotros y bendecidlo!

Tomás REDONDO.





A NUESTRA SEÑORA

No viéramos el rostro al Padre Eterno
Alegre, ni en el suelo al Hijo amado
Quitar la tiranía del infierno,
Ni el fiero capitán encadenado;
Viviéramos en llanto sempiterno,
Durara la ponzoña del bocado,
Serenísima Virgen, si no hallara
Tal Madre Dios en vos donde encarnara.

Que aunque el amor del hombre ya había hecho
Mover al Padre Eterno a que enviase
El único engendrado de su pecho
A que encarnando en vos le reparase,
Con vos se remedió nuestro derecho.
Hicistes nuestro bien se acrecentase,
Estuvo nuestra vida en que quisistes
Madre digna de Dios, y así vencistes.

No tuvo el Padre más, Virgen, que daros,
Pues quiso que de vos Cristo naciese,
Ni vos tuvistes más que desearos,
Siendo el deseo tal, que en vos cupiese;
Habiendo de ser Madre, contentaros
Pudiérades con serlo de quien fuese
Menos que Dios, aunque para tal Madre,
Bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.

Con la humildad que al cielo enriquecistes,
Vuestro sér sobre el cielo levantastes;
Aquello que fué Dios sólo no fuistes,
Y cuanto no fué Dios, atrás dejastes;
Alma santa del Padre concebistes,
Y al Verbo en vuestro vientre le cifrastes;
Que lo que el cielo y tierra no abrazaron,
Vuestras santas entrañas encerraron.

Y aunque sois madre, sois virgen entera,
 Hija de Adán, de culpa preservada,
 Y en orden de nacer vos sois primera,
 Y antes que fuese el cielo sois criada;
 Piadosa sois, pues la serpiente fiera



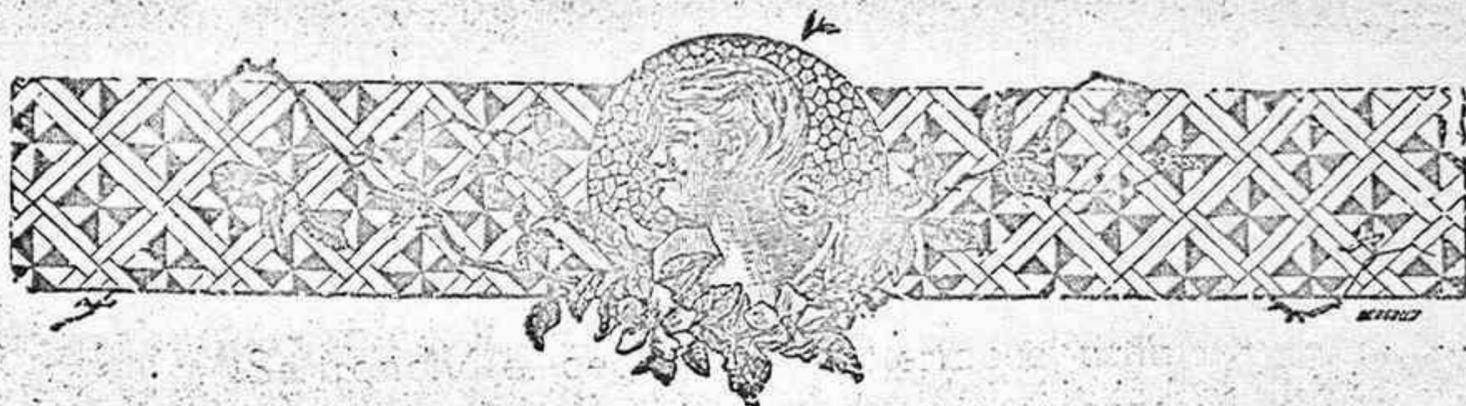
CUADRO QUE REPRESENTA LA PRESTACIÓN DEL VOTO A FAVOR DE LA INMACULADA
 POR MAESTROS Y DOCTORES

Por vos vió su cabeza quebrantada;
 A Dios de Dios bajáis del cielo al suelo,
 Del hombre al hombre alzáis del suelo al cielo.

Estáis ahora, Virgen generosa,
 Con la perpetua Trinidad sentada,
 Do el Padre os llama Hija, el Hijo Esposa,
 Y el Espiritu Santo dulce Amada;
 De allí con larga mano y poderosa
 Nos repartís la gracia que os es dada;
 Allí gozáis, y aquí para mi pluma,
 Que en la esencia de Dios está la suma.

FR. LUIS DE LEON.





En el "Libro de las Fundaciones,"

III

Imágenes sencillas. Humor de melancolía



HÉNOS a la Madre con sus hijas haciendo huerto de tan simples flores. Quiere descansar en soledad; la traía molida tanto andar con gente. Es cierto que aquí está por «mayor», pero no ocupa el pensamiento en ello. ¡Son tan santas sus hijas!

La campanilla del monasterio canta el reposo de sus monjas anunciándolas un nuevo quehacer en sus cotidianos trabajos. Al oír su limpio tañido, todas la obedecen: ésta, deja la olla del jalbiegue con que ha adamado un zócalo; ordena, otra, unas mimbres junto a los tapiales; aquélla, suelta la herrada del pozo que tantos dineros costó. Es la hora del refectorio.

Sobre la mesa tosca y sin labrar han colocado una fuente de pepinos cortados. La superiora, que es la Santa, llama con disimulación a una de sus monjas:

—Tenga, hermana —dice.—Vaya al hortecillo y siembre este cogombro. Y alarga a su mano una raja delgada y podrida por dentro, que a ella la cupo en suerte.

—Y diga la Madre ¿pondréla en alto o tendido?

—Tendido, hermana, que así pudrirá presto.

Las risas sencillas, flores de inocencia, interrumpen un momento el silencio monacal, de quietudes y éxtasis. Las manos delicadas,

creadas para un signo de cruz, palmotean alegres... Se celebra la fiesta de la obediente simplicidad—donde todas las virtudes se anudan—que acaeció en «una hermana de las de mejor entendimiento y talentos». Reflejos de ella, en todas sus cosas resplandecen.

Es imagen perenne que siempre quiso conservarse viva.

.....

«¡Oh, que si tiene humor de melancolía puédele hacer muy gran daño!» En varios lugares de sus libros repite sin cesar este aviso; a él va dedicado un capítulo de las *Fundaciones*.

«Demasía parece dar tanto aviso para este mal, y no para otro ninguno, habiéndolos tan graves en nuestra miserable vida, en especial en la flaqueza de las mujeres». Pero todo es poco para prevenirse de él, pues «es tan sutil, que se hace mortecino para cuando es menester, y así no lo entendemos hasta que no se puede remediar».

La Santa descubre con certeros toques la psicología de este mal. La Madre, con cariño extremado, indica su alivio. Brevemente procuraremos comprobarlo.

«Son tantas las invenciones que busca este humor para hacer su voluntad, que es menester buscarlas - a las enfermas de él - para cómo lo sufrir y gobernar sin que haga daño a las otras». A tiempos suele apretar tanto «que sujeta la razón» y hace irresponsables, pues «entonces no será culpa, como no lo es a los locos, por desatinos que hagan».

Para mal tan grave procura remedio con eficaces tratamientos de corrección. Su acierto al indicarlos permite divisar en la humilde penumbra de sus páginas, pleno sentido de modernidad, intenso perfume de compasión, maestría de corazón en ciencia de sufrir. La mano segura que en firmes trazos aconsejaba para el camino de perfección: «Todo lo que pudiérais, sin ofensa de Dios, procurad ser afables», advertía celosa a las que ya marchaban por este camino para que «no se engañen con piedades indiscretas» de modo que «se vengán a alborotar todas con sus desconciertos».

El «color» de este mal, no es malo de por sí. Pero ahí está su peligro mayor. Prende tan fácilmente, que «ahora se usa más que suele, y es, que toda la propia voluntad y libertad llaman ya melancolía». El mejor remedio para mal tan sutil es «ocuparlas mucho en oficios, para que no tengan lugar de estar imaginando». Ya tenemos la clave de esta grave enfermedad: es un mal de imaginación. Por eso a sus monjas melancólicas—las imaginativas, mejor aún, las que «tienen la imaginación flaca»—se las procura «que no ten-

gan muchos ratos de oración», «que no coman pescado», «en los ayunos no ser tan continuas». Todo ello «sobrellevándolas sin que ellas lo entiendan».

Otras indicaciones de remedio presentan a la Santa precursora de modernos sistemas de corrección, hoy actualizados en corazones y cerebros que se preocupan de tan noble función social. «Mas puede la priora no las mandar lo que ve han de resistir, pues no tienen en sí fuerza para hacer fuerza, *sino llevarlas por maña y amor* todo lo que fuere menester, para que, si fuese posible, por amor se sujetasen, que sería mejor».

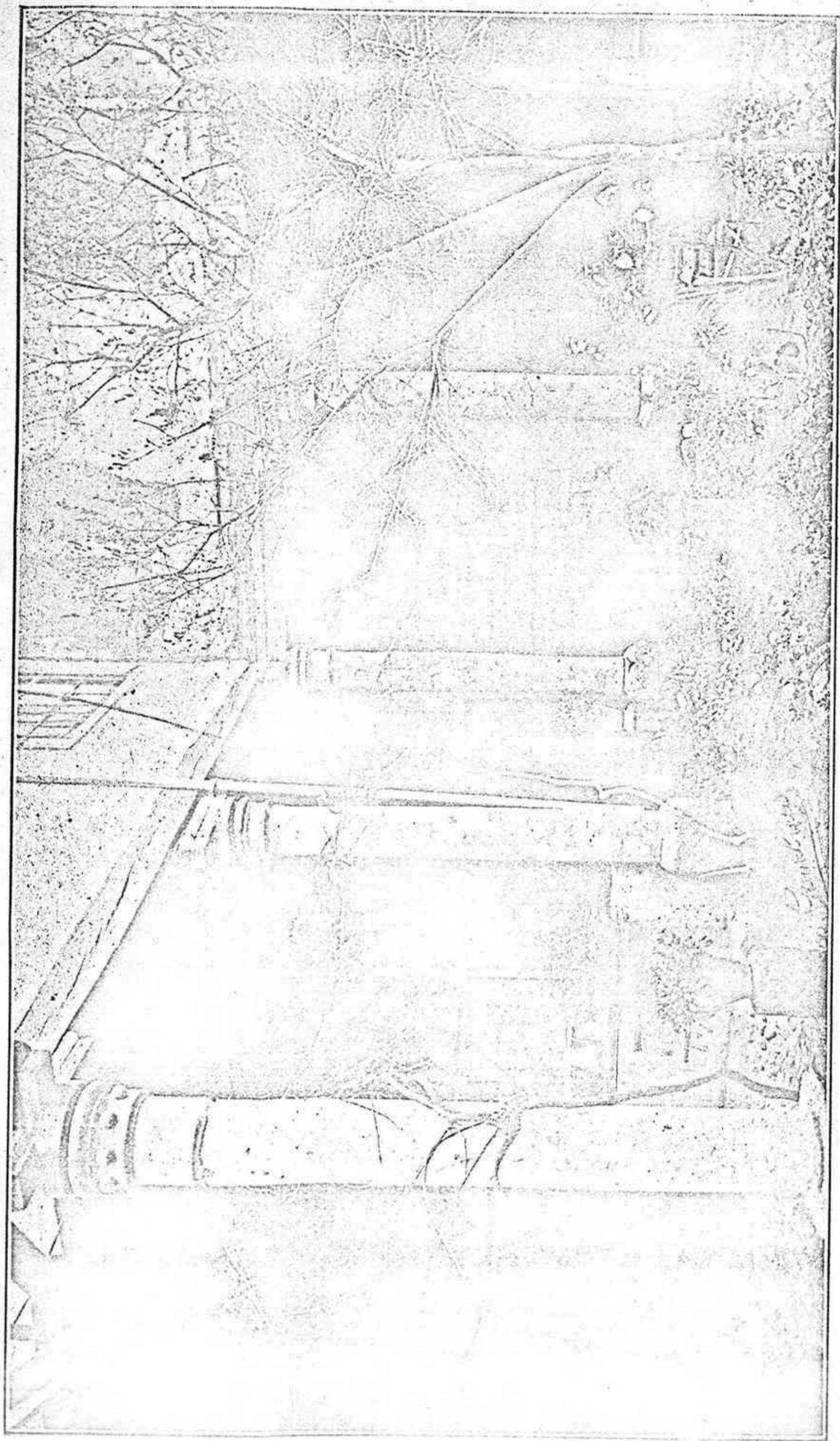
No es de extrañar con este plan curativo suave, humano, cierto, que sea «gran misericordia de Dios a los que da este mal, sujetarse a quien los gobierne, porque aquí está todo su bien».

Veamos ahora las atinadas distinciones de este mal. En unas almas no pasa de ellas mismas y además sirve de pulimento, de templanza purificativa, de catarsis que engendra la bondad resignada, la virtud. «Yo conozco algunas personas que no les falta casi nada para del todo perder el juicio, mas tienen almas humildes y tan temerosas de ofender a Dios, que aunque se están deshaciendo en lágrimas entre sí mismas, no hacen más de lo que las mandan y pasan su enfermedad como otras hacen: aunque es mayor martirio y así tendrán mayor gloria». A estas almas se refiere, sin duda, un gran espiritualista contemporáneo, cuando asegura que la tristeza en ellas ilumina su corazón.

Otras hay, al contrario, «de condiciones libres y poco humildes y mal domadas, y que no les hace tanta fuerza el humor como esto». En que la melancolía, si es sincera, no es un tinte de hosquedad, de agrestitud, de mala crianza, es en lo que venimos a parar.

Pero no hay que confundir esta nota tolerable, casi siempre simpática, con la hipócrita seriedad de las aprendizas de la beatitud. Ni mucho menos con las profesionales de las lágrimas. Para éstas escribió en el capítulo sexto de las sextas *Moradas*: «También advertid, que suele causar la complexión flaca cosas de estas penas, en especial si es en unas personas tiernas, que por cada cosita lloran... Y aún puede acaecer ser (cuando viene multitud de lágrimas... que a cada palabrita que oiga o piense de Dios, no se puede resistir de ellas) haberse llegado algún humor al corazón, que ayudará más que el amor que se tiene a Dios, que no parece han de acabar de llorar».

Quizá no hubiera llegado a los oídos de la Santa aquella graciosa tradición medioeval—recogida por el Aretino en un *Coloquio*—



CLAUSTRO DE LA CASA DE SANTA TERESA (SALAMANCA). A RUEGOS DE LAS HIJAS DE ESTA CASA ESCRIBIÓ LA SANTA
ACERCA DEL HÚMOR DE MELANCOLIA

que atribuía a las monjas cuatro ojos para el llanto. Pero bien parecía conocerla.

En su *Vida* nos habla, por propia experiencia, de las «lágrimas engañosas» (VI, 2) que la parecían «eran mujeriles y sin fuerza» (IX, 8). Por esto advierte en una de sus cartas que no crea «el que se está quebrando la cabeza a sus solas... si ha estrujado algunas lágrimas, que aquello es la oración».

Aquí están las pautas de nuestro misticismo, fuerte y sereno. Quien así escribía, pensaba así:... «tengo por mayor merced del Señor un día de propio y humilde conocimiento... que muchos de oración»; y aconsejaba para la perfección: «si el Señor os lleva a contemplación..., tened aviso en comenzar y acabar con propio conocimiento».

—Leer tan equilibradas experiencias, percibir tan serenas armonías, equivale a meditar en lo menguado que será todo pensar que por sutil se tenga, si entre sus gentilezas no toma nota de cosas tan subidas. El exclusivismo —aquí, más que en parte alguna— jamás lo comprendemos.

¿Qué extraño que su Regla no dude «que el Señor dará gracia a algunas para que den recreación a otras», aunque «las burlas y palabras sean con discreción»; y que permita, para sazonar sus vidas apartadas, que «todas juntas puedan hablar de aquello que más gusto les diere, como no sean cosas fuera del trato que ha de tener la buena religiosa», si bien es de advertir «que en la parlería no puede faltar pecado»?

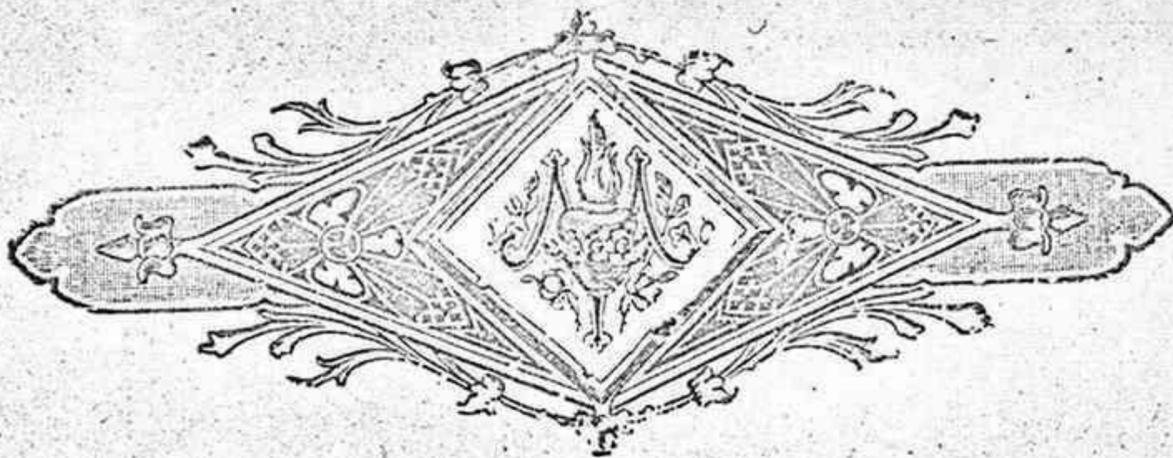
Andando el tiempo vuelven a hollar sobre las pisadas de nuestra Doctora autoridades de la eutrapelia moderna, en el proceso evolutivo de la sensibilidad de los hombres. El psicólogo actual, aludido antes, ha escrito esta sentencia: Importa que el hombre sea durante el mayor tiempo posible lo más feliz posible. Esta es también la norma de vida, el secreto de armonía, que resuelve el problema de la solidaridad social.

Mas volvamos otra vez a nuestra Santa. Para quien amó tan copiosamente, para quien vivió los deseos más dulces, más vagos, más imprecisos que puede figurarse la pujanza mundana, fué la melancolía, como las lágrimas, como el padecer, una templanza de cielo clemente. No se criaron para ella las luces engañosas del corazón triste. Por esto, los que no resistimos la asfixia del dolor, los que somos atraídos por el color de la ponzoña, los que quebramos en nada nuestro empeño, quedamos extrañados y enmudecidos y confusos, ante cosas tan puras. Como no las podemos

comprender se nos agosta el regocijo. No así sucedería—al que quiera saber y dirigir—si madrugase para coger estos frutos lozanos, que, como las rosas de Damasco, no cogidos al alba pierden el olor.

Angel LEDESMA.





Cantar de myo frade sennor Sol

*Yo maestro Berçeo, que fiz deçir conplido
Del señor Sanct Millán, que en los montes estido,
Et de Sancta María, et del abbat beneyto,
Et de Sancta Oria Virgen—maguer so ya embegido,*

*Agora, si me oides, querriavos contar
Un cantar que nol fiçe, non osarie fer tal,
Curiol de conponer omne çestial
Fué messer Sanct Françés, sepades, el ioglar.*

*Ya ixió deste sieglo, ya mora meior al,
Ha muit poco passó la vida corporal
¡Quiera Sancta María, quiera el Padre eternal,
Que podamos seguir su vía perenal!*

*Çinco plagas que Xpo por nos salvar sufrió,
Sanct Françés por señales en su cuerpo sintió:
Destellávanli sagne manos amas a dos,
Los pienes e el costado.*

Ésta rraçón ditó:

*“Muit alto et muit bondoso, onnipotent Sennor,
Túe est toda laude, toda gloria et onor,
Sola a tí se apareia toda benecdiçion,
Nul-lo omne es dinno de façer tu mençión.*

*Lóete toda cosa, y más frade Don Sol
Que escalienta la tierra, alumbra tu mansión,
Est polido, est radiante con muit grand esplendor,
Est todo sinno tuyo, soherano Criador.*

*Loado seas, Sennor, por freyra luna et estrellas:
En çielo las criastes, claras preçiosas et bellas.
Loado, myo Sennor, por freyra agua seas:
Est omildosa e casta, et muy util e onesta.*



SAN FRANCISCO DE ASIS

Escultura atribuida a Alonso Cano que se encuentra
en la Catedral de Toledo.

Hoy figura entre las obras de Pedro de Mena.

*Loado seas, Sennor, por el ermano viento,
E por airoso et ñublo, et por sereno tiempo:
Por él a las criaturas alargas so sustento.*

*Loado, myo Sennor, seas por frade fuego:
Tú la noche çerrada, alumbras con su goso,
Et es bello et iocundo, et fuerte e robustoso.*

*Loado seas, Sennor, por nuestra madre tierra,
Que de tí se sustenta e de tí se gobierna,
E de muchas colores produz flores et iervas,
Et muchas otras fructos de diversas monedas.*

*Loado seas de aquellos que olvidan por tu amor
Et sostienen dolencias, grande tribulación,
Feliz el que la paz mantendrá con fervor,
Porque de tí, alto Padre, avrá so galardón.*



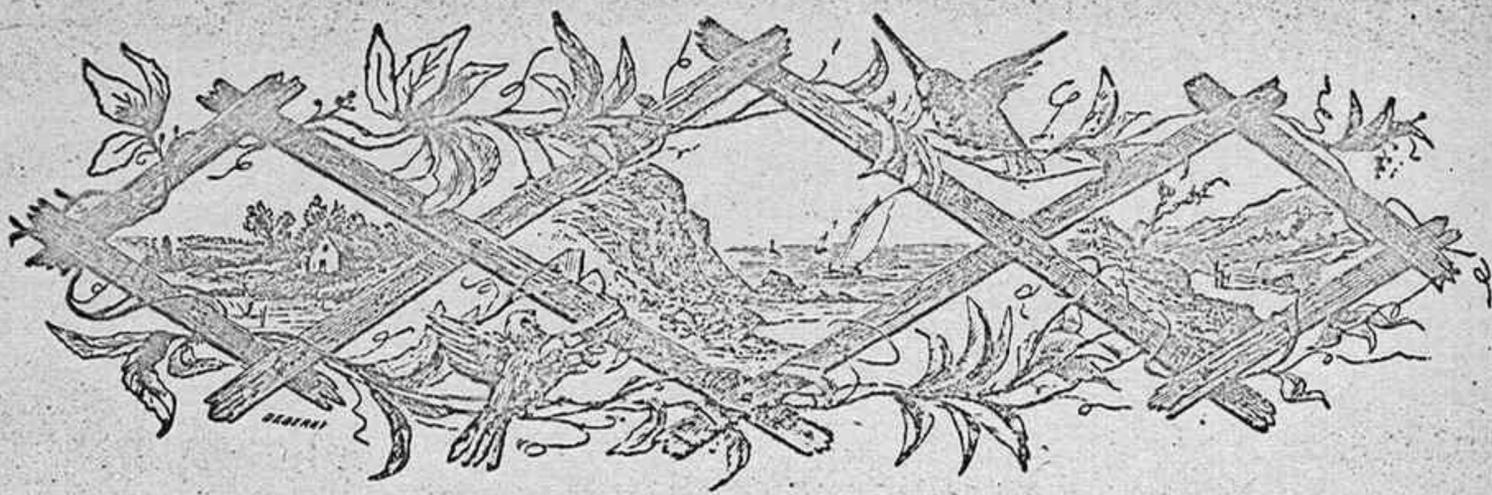
S. FRANCESCO D'ASSISI DEL DUPRÉ

*Loado seas por freyrá nuestra muerte carnal
De qui nul-lo omne nado podió nunca escapar,
Guay! de aquellos que mueren en pecado mortal:
Venturosos qui façen tu sancta veluntat,
Que la muerte segunda no lis fará algun mal.*

*Load e benedeçid al Sennor natural,
Gradesçet et servit con muit grand omiltat.»*

Por la transcripción,
Francisco MALDONADO.

Salamanca, 25-XI-1914.



LA MAÑANA Y LA NOCHE



TEMPRANO, en el lecho, hoy he recibido la visita del Sol. Me pareció un chiquillo alegre y limpio que se habría levantado con el alba, y que venía, tras de chapuzarse y ponerse colores con el agua fresca, a darme los buenos días y a alborotarme. Apenas abrieron la ventana entróse en la habitación de un brinco, y, sentándose a los pies de la cama, cogióse a los barrotes con una mano y con la otra acarició mis ojos enojados.

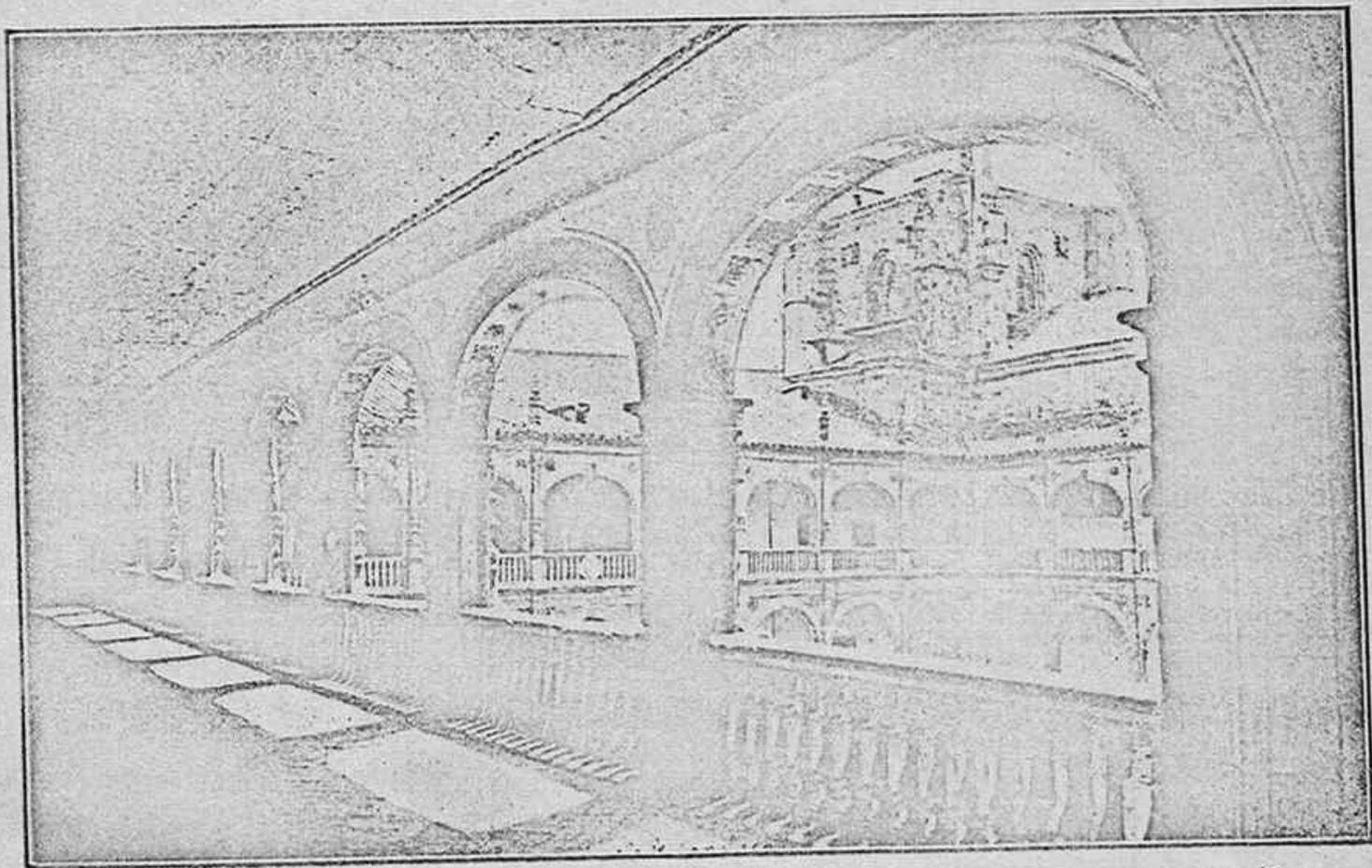
Le huí al principio refugiándome bajo la almohada. Pero este chiquillo rubio tiene un arte de simpatía capaz de todas las conquistas. Y acabé por darle la cara y hablar con él.

— ¡Amigo Sol!, sé bien venido a esta casa donde tanto se te quiere. Siéntate mejor y hablemos un rato. Empieza a contarme tus andanzas matinales, matinales y vespertinas, que el día entero te lo pasas en la calle.

— Gracias a Dios, soy madrugador por naturaleza y poco aficionado a vivir entre paredes. Aún está la ciudad dormida cuando me alzo del lecho, algo pálido, entumecido, escalofriado. Pero me basta bañarme en la bruma de las riberas y fricciónarme con las hebras del aire mañanero para entrar en reacción. Y, enseguida, subo a las torres. Tú no sabes por qué subo yo a las torres. Tú no sabes que viven en las torres unas amigas mías de voz dulcísima que cantan afanosas cuando yo las despierto, suaves canciones de fe y esperanza. ¿No las oíste nunca: nunca sentiste un calor de emoción escuchando la clara voz de las campanitas monjiles que suenan apenas entre el misterio del amanecer...! Acaso nunca presenciaste, con

todas las potencias puestas en ella, esta maravilla de brotar el día de las secas tinieblas, este renacer de las cosas frías, este concertarse las honestas funciones: acaso nunca gozaste la gloria de la mañana luminosa; ¿cómo vas a entender el lenguaje de las cosas?

—Olvidas, Sol, mi condición humana, mis hábitos ciudadanos. Arenilla soy de una roca enorme que se va ablandando poco a poco y está ya muy lejana de su primitiva consistencia. Y si la roca ha perdido su cohesión y tenacidad, mal puede resistir los fuertes hielos



CLAUSTRO DEL COLEGIO DEL ARZOBISPO

del anteamanecer y la lengua de bruma de la primera mañana. ¿No estás viendo que la humanidad se desmorona en arenillas cada vez más pequeñas y más frágiles, a medida que camina el tiempo? Entonces ¿qué te extrañas de hallarme a la abrigada, por qué pones tanto fuego en tus comentarios?

—¿Pienso, con pena, que desconoces la naturaleza, matraz donde cristalizaste, crisol donde te has de fundir: temo que no hayas probado la poesía...

—La voz de una campana en el amanecer... palabras que el alma escucha atenta y cuyo sentido bebe con ansia; pero, ¿y la noche, Sol? ¡la noche con su claro de luna, manantial de sutil emoción extenuante, la noche con su profundo silencio de una elocuencia nutrida, fecunda, incomparable con la graciosa parlería de tu campa-

nita ventanera! Tú no sabes de esto porque nunca lo viste, porque nunca lo has de ver. Pero la noche es cantera que surte a la humanidad de ideas iniciales, es fuente de serenos pensamientos, es el jardín espiritual por donde pasea la blanca luna, mística y gentil, novia de pureza de los poetas...

—¡La luna, dices...! ¡Ah, sí, vuestro veneno. Bocanada de opio, vaso de haschich que os transporta a artificiales lugares de ventura de los que regresáis vencidos, exhaustos, aniquilados: tú lo confiesas. Pues mira la diferencia: la mañana conforta y la noche extenua: la mañana purifica y la noche concentra y acumula los malos instintos .. ¿De cuántos crímenes realizados en la mañana supiste? Las noches manchadas de sangre son, en cambio, incontables. Pues ¿y la carne? ¿a qué hora despierta este enemigo del alma? Parece que la tregua de sueño y sosiego es como una lluvia que riega el corazón y apaga todas las llamas de la sensualidad. Por la mañana se ama, por la noche se codicia. Ante mis ojos y mis luces florecen en toda la Tierra limpios idilios y provechosos encuentros. Cantan y ríen las bocas frescas de las muchachas, cantan y lloran los ojos tristes de los mozuelos, cantan y revolotean persiguiéndose temblorosos los pajarillos, canta el viento entre las cañas y el pobre busca amoroso regazo, y todo canta, ríe y llora, teme y confía, vibra, gime y palpita, sin saber la causa, nada más porque les nace a los seres una alegría sabrosísima o una dolorosa tristeza infinita, tan dulce que, aun siendo dolorosa, es deseada... Mas, llega el momento en que yo me despido; empiezo a trasponer la línea del horizonte: enmudecen las gargantas cantoras. Y todavía no están abiertas de par en par las puertas del crepúsculo cuando ya se advierte un aire húmedo de cubil y los murciélagos venteadores dejan sus escondrijos y desvanes para trazar en el espacio sinuosos deseos, y de las oquedades de los viejos troncos van saliendo sensuales chotacabras que restregan su liviana pechuga contra la arcilla... Después, la noche ciega avanza en las tinieblas, y bien imagino cómo os será forzoso en la oscuridad el uso de los sentidos. ¡Oh, pobres! Si no fuera este diario baño tónico y desinfectante, del claro día, el ceno os subiría a los ojos.

—También tengo mis argumentos, Sol. Un loco hace ciento, un sofista pronto topa pareja. Verás. La cosecha que en Agosto se recoge ¿cuándo fué soterrada? En Octubre, tibio y brumoso. ¿El pedrisco que las nubes sombrías descargan sobre los campos forjóse de improviso? ¿Y aquella anticipada ascensión de vapores? ¿y tu

aliento caliginoso? ¿y el beso de los vientos fríos? ¿y el mazo de las horas golpeando, forjando sobre la perseverancia? Todo germina en el tiempo, pero dentro, y no a flor de tierra, tiene que ser depositada la semilla. Absuelve a la noche que no tiene culpa. Bendice a la noche que, inflamada de maternal amor, paga las cuentas del hijo impío, y se adjudica los vicios insospechados para salvarle. Admira a la noche que sabe tener serenidad y reposo, y callar discretamente y ser fecunda, sin canciones, sin risas, sin temblores, con amores intensos, de sacrificio. ¡Adora a la noche, tierra feraz, hembra del Pensamiento...!

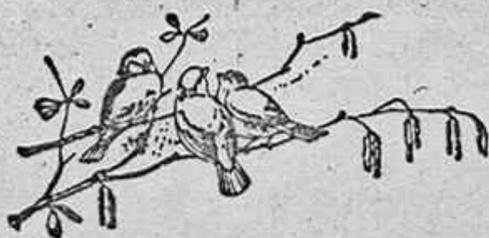
—Ya comprendo. Estás enamorado locamente de ella, como un oriental. Sus brazos son cadena de tu cuello, como dicen los poetas. Pero yo he de arrancarte de ese amor pagano, sucio que te está debilitando, que te está dejando magro y amarillo.

—Dijeras amor limpio y acertaras.

—Amor que espera fruto y pone en la esperanza todo su ser... limpio y todo, fuego es que se consume y ahila el enamorado y con él acaba. Quiero salvarte. ¡Soy tu amigo y quiero salvarte! Todas las mañanas, con la alborada, abrirás la ventana y te vestirás. Mi primera visita será para tí.

El sol me ha dado un beso de despedida y, despacio, ha salido de mi cuarto. Yo me he puesto a pensar que este chiquillo hace tanto tiempo que corre el mundo que lleva ya a la espalda un costal de experiencia.

AGACIR.





San Juan de la Cruz

(CONTINUACIÓN)



DE SU música no se ha dicho nada, porque no se ha visto que la vida y la obra de San Juan de la Cruz es toda ella una *Canción espiritual*. Y que su poesía es música exquisita; y su prosa es poesía también. Han dejado escrito los que le oyeron hablar, que su voz tenía el atractivo del canto de los pájaros. El era a su vez un encantado cuando oía cantar. En ocasión en que habiendo salvado milagrosamente, como él lo declara, de la prisión en que lo tuvieron encerrado en Toledo sus fraternales adversarios, los frailes enemigos de la reforma carmelitana, al pasar por el convento de religiosas de Veas, quisieron las pobres monjas obsequiarle, y no hallaron mejor cosa que cantar ante él la sentida canción:

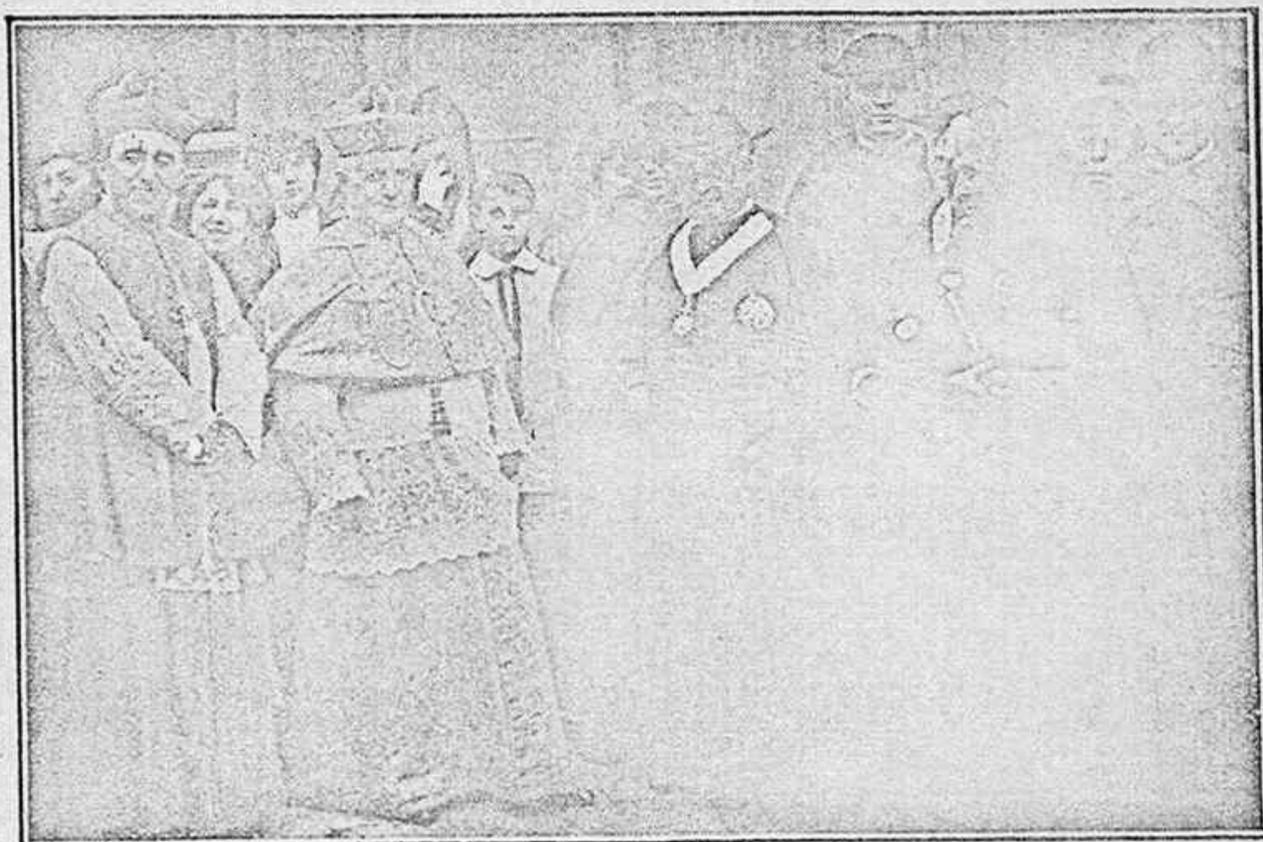
«Quien no sabe de penas
en este triste valle de dolores
no sabe de buenas
ni ha gustado de amores
pues penas es traje de amadores».

No pudieron imaginar obsequio más del alma del místico. De repente cayó en éxtasis, y estuvo fuera de sí por espacio de una hora ante el espanto de las benditas monjas que no sabían si llorar o alegrarse de haber entonado la canción... ¡No había de saber él de penas, quien había sido maltratado despiadadamente por el delito de querer volver la Orden a su primitiva austeridad!... (La historia no dice si fué denunciado a Roma por *modernista*...)

En otra ocasión, estando enfermo quisieron que unos músicos distrajeran su animo. Se negó a ello diciendo sinceramente que no

era bien, que siendo regalado por Dios con los sufrimientos, fuera a olvidarlos, para atender al agrado de la música. Insistieron en su buen deseo los que quizá no sentían el alcance de la verdad en las palabras del enfermo, y éste se resignó al placer de la música. Pasados unos momentos, suplicó que se le diese las gracias a los músicos y se retiraran, declarando que no le dejaban oír otra música interior que escuchaba en el silencio. «La música callada, la soledad sonora...»

Al explicar este verso en su *Cántico espiritual*, se funda en una frase del *Libro de la sabiduría*, que dice: «Este mundo que contiene todas las cosas que Dios hizo, tiene ciencia de voz». Y en esta *ciencia de voz* que tiene el mundo, ve San Juan de la Cruz admirable-



SAN SEBASTIÁN: EL NUNCIO DE SU SANTIDAD Y EL NUEVO OBISPO DE CIUDAD REAL
ILMO. SR. D. FRANCISCO JAVIER IRASTORZA Y LOINAZ
E INVITADOS A LA CEREMONIA DE LA CONSAGRACIÓN, EN EL ATRIO DE LA IGLESIA
DE SANTA MARÍA

mente una «música subidísima», que forma el concierto de las voces de todas las cosas creadas, con que cada una muestra *lo que en ella es Dios*.

No creo haya empresa más digna de un filósofo que la de aprender esa *ciencia de voz* que tiene el mundo, que la de escuchar lo que dicen las cosas, lo que en cada una de ellas, en cada hombre *es Dios*. Saber escuchar esa *música* es aprender la *ciencia escondida*. Reducir toda esa alta filosofía a oír una música, es la obra de un *artista* y de un *genio*. Eso es San Juan de la Cruz.

Santa Teresa es el *ingenio* de la mística. Ha hecho popular, con su vida y con sus obras, la filosofía de la ciencia escondida. Aquí mismo, en Salamanca, hasta la generación anterior a la nuestra, se ha conservado un tipo de artesanos—yo los he oído de niño—que aplicaban a los actos solemnes o trágicos de la vida, como cosa de filosofía popular, sentencias de Santa Teresa.

Se ha dicho con una frase feliz que los escritos de Santa Teresa son como «plática familiar de vieja castellana sentada junto al fuego».

Para hablar así de cosas tan hondas, se necesita una imaginación admirable. El símil aquel del gusano de seda que saca sustancia de sí para labrar su morada, que es el capullo, y muere y se transforma en la mariposa blanca, vale por un volumen *in folio*, de muchos tratadistas.

Leibnitz ha confesado que de aquel imaginarse Santa Teresa que estaban en el mundo Dios, y su alma solos, sacó una importantísima meditación metafísica, que utilizó en sus obras.

Y Fray Juan de los Angeles, el gran místico franciscano, el psicólogo, el maestro de la «disciplina del amor», el de los diálogos socráticos, me parece ser el *sabio*, el *científico*, en el mejor sentido de la palabra, de la mística. Esos son los tres grandes místicos castellanos.

He dicho castellanos. Los tres han nacido en la famosa, austera meseta de Castilla, avileses los tres.

Recientemente, un franciscano, encargado de publicar en la *Biblioteca de Autores Españoles* las obras de Fray Juan de los Angeles, ha desvanecido la leyenda de ser de Extremadura este gran místico.

¡Tierra de Avilla, tierra de místicos!

Y es digno de notarse también que fueron contemporáneos. Algo había en el ambiente que producía místicos, que aunque la tierra sea buena, siempre hace falta un buen tempero.

Terminados sus estudios en esta Universidad, fué en Agosto de 1567 Juan de San Matías a Medina del Campo, donde al profesar, solemnemente en la Orden, tomó el nombre de Juan de la Cruz. Allí le presentaron a Santa Teresa. ¡Y con qué gracia, como siempre, procedió la vieja castellana! Necesitando colaboradores activos, entre los religiosos, para emprender su reforma carmelitana, se le ofreció un santo varón, un padre grave, de tan buena voluntad como falto de condiciones por su edad... «Yo lo tuve por cosa de burla—son palabras de Santa Teresa—y así se lo dije.» En cambio, los padres graves no sabían que el cooperador que a pedir de boca necesi-

taba la reforma, era un joven de veinticinco años, que llegaba entonces de Salamanca. Había un obstáculo que salvar: el recién llegado quería hacerse cartujo.

Santa Teresa, que por sus años podía llamarse madre de aquel mozo de tan aventajado espíritu y rara virtud, no bien tuvo ocasión de hablarle, como un profeta, lo acogió con estas palabras: «¡Mi hijo, tenga paciencia y no se vaya a la Cartuja que ahora tratamos de hacer una Reforma de Descalzos de nuestra Orden, y sé yo que se consolará con el aparejo que tendrá en ella, para cumplir todos sus deseos de recogimiento, retiro de cosas de acá, oración y penitencia!...» ¿No os parece oír en este acogimiento una cosa así como la recepción que un Quijote del ideal hace de un escudero para la jamás vista aventura de la Reforma, que había de desfacer los entuerros hechos por los malandrines en la Orden de Caballería de la Religión?... Sólo que aquí el escudero es tan alto, tan espiritual Quijote como quien le acoge para tamaña empresa. El caballero andante es más filósofo que el D. Quijote femenino, monja inquieta y andariega, *Dama andante*, que quiso, sin duda, decir aquel señor Nuncio, tan desorientado en achaques de negociaciones místicas.

Cuando Santa Teresa se cansaba de consultar sin resultado a los titulados maestros teólogos los casos difíciles de su Reforma, acudía a su *Senequita*—como maternalmente llamaba a Juan de la Cruz—y éste, como un Séneca, con una sentencia le resolvía las dudas.

Como Don Quijote, «acribillado por el ridículo, pero invulnerable el desprecio», así pasó por la sociedad de su tiempo el caballero andante de la mística castellana.

Vivía en otro mundo y hablaba otro lenguaje. Los hombres no saben qué pensar de esos *extranjeros* que se llaman *místicos*; y no sabiendo qué pensar, se ríen de ellos. «De algo *excéntrico*, que se aísla, la sociedad se inquieta—dice Bergson—y se defiende con un gesto, que es su risa».

Pero también, como el Quijote, al pasar a la historia, los caballeros andantes de la mística están siendo hoy la admiración del mundo intelectual. Tanto es así, que los que dentro del catolicismo tratamos de ensalzar, como es justicia, a esas grandes figuras del misticismo, tenemos que defendernos de no estar contagiados de la admiración heterodoxa.

Juan D. BERRUETA.

(Concluirá).



La consagración del Ilmo. Sr. Irastorza.—Hemos sido atentamente invitados por el Excmo. Sr. Duque del Infantado, Marqués de Santillana y Presidente del Real Consejo de las Ordenes Militares, como padrino del consagrando, Ilmo. Sr. D. Francisco Javier de Irastorza y Loinaz, a la solemne consagración de dicho Sr. Obispo de Dora, Prior de las Cuatro Ordenes Militares, que tuvo lugar el pasado 22 de Noviembre en la parroquia de Santa María, de San Sebastián, oficiando el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico de España, asistido de los ilustrísimos Sres. Obispos de Vitoria y de Segovia.

Mucho agradecemos la amable deferencia del nobilísimo prócer y hacemos votos porque el nuevo Sr. Obispo de Ciudad Real gobierne por muchos años la grey encomendada a su paternal cuidado.

~ ~ ~

Salamanca a la Inmaculada.—Nuestra ciudad ha rivalizado en manifestaciones de devoción piadosísima en honor de la Inmaculada. En todas las iglesias de la capital, desde las solemnidades majestuosas de nuestra Catedral, donde ofició de Pontifical el día 8 nuestro Sr. Obispo y dió a continuación la Bendición Papal a los numerosísimos fieles que llenaban el grandioso templo, Parroquia de la Purísima, Clerecía, San Martín, hasta las íntimas y devotísimas fiestas celebradas en todos los conventos, han sido muchos los fieles que han concurrido fervorosos a tan devotos actos.

~ ~ ~

Homenaje a Santa Teresa de Jesús.—Primorosamente editado en los talleres de «Alrededor del Mundo» hemos recibido «el ramillete de fragantes flores de espiritualidad y hermosura espigadas en los espléndidos jardines de la más selecta intelectualidad española contemporánea» en honor de la seráfica Virgen de Avila.

El mejor elogio que podemos hacer de esta hermosísima publicación, es poner aquí el índice del texto, ilustrado con más de sesenta interesantes grabados de recuerdos teresianos:

Dos palabras al lector, por los Editores.

Pío X y Santa Teresa.

Crónica de los festejos en la beatificación de la Santa, por X.

A mi Patrona Teresa de Jesús, por Ricardo León.

Romance primero, por Concha Espina.

Rosas del Carmelo, por Villaespesa.

Peregrinación, por la Condesa de Pardo Bazán.

Avila, por doña Blanca de los Ríos.

Dos retratos de Santa Teresa, por Fr. Gabriel de Jesús, C. D.

La escritora, por don Angel Salcedo Ruiz.
 Ampáranos, por Filomena Dato Murnay.
 Las hablas de Dios, por doña Blanca de los Ríos.
 A Santa Teresa de Jesús, por don José Devolx.
 La perla de Avila, por Fr. Gabriel de Jesús, C. D.
 A la mujer más grande que jamás existió, por Sbarbi.
 Camino de perfección, por Luis León.
 La desafeitada elegancia, por don Manuel de Sandoval.
 Versos al alma de Santa Teresa, por J. Antonio Balbontín
 Apuntes acerca del carácter de Santa Teresa, por el P. Restituto del Valle,
 Agustino.

Demostración de regocijo que hizo la Universidad de Salamanca en la beatificación de la Santa Madre Teresa de Jesús en 1614, por Antonio García Boíza.

Un libro sobre Santa Teresa, por Norberto Torcal.

El retrato de la Santa, por Angel M. de Barcía.

La música y los grandes místicos, por Juan Domínguez Berrueta.

Una nueva edición de las obras de Santa Teresa, por Fr. Silverio de Santa Teresa, C. D.

En la escalera del convento, por el P. Jiménez Campaña.

Patología teresiana, por don Juan López de Rego.

La fisonomía de la Santa, por Fr. Casimiro de la V. del Carmen.

Santa Teresa y los libros de Caballerías, por Rafael Calatrava.

La senda escondida, por la Condesa del Castellá.

Santa Teresa y la Ascética modernista, por el P. Francisco Naval, C. M. F.

Moradas y Subidas, por Fr. Wenceslao del S. Sacramento, C. D.

Justo homenaje, por el Cardenal Almaraz.

Retrato de perfil, por el Cardenal Mercier.

Leyendo a Santa Teresa, por el P. José Dueso, C. M. F.

Elogio de la Santa, por don Juan Valera.

La Santa española, por don Alejandro Pidal.

Juicios y propósitos de Menéndez y Pelayo.

La autobiografía y la iglesia, por don Juan Vázquez de Mella.

¿Quién es?, por José M.^a Gabriel y Galán.

A Santa Teresa, melodía popular del Maestro Perosi.

PRECIO de esta obra: en España, 1,50 pesetas. Extranjero, 2 francos. De venta en las principales librerías.

Una carta de Lugo.—Con gusto accedemos a la súplica que nos dirige una dama de Lugo solicitando insertemos en la BASÍLICA las siguientes líneas:

«Milagrosa Santa Teresa: te doy gracias por el favor que me hicistéis y espero sigas protegiendo a *Tu devota*.—Lugo, 8-XII-14».

Nuestro Redactor artístico.—Las hermosas fotografías que ilustran este número y otras que en breve aparecerán en esta Revista, son del inteligente artista y conocidísimo fotógrafo de esta ciudad Venancio Gombau.

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMOS (1)

	<i>Pesetas</i>	<i>Cts.</i>
<i>Suma anterior</i>	2.990	60
Recibido del M. I. Sr. Secretario de Cámara del Obispado de Tuy, por limosnas para la Basílica	11	50
» de D. Tomás Redondo:		
De la Srta. Emma Zayas, de Bilbao.....	50	»
» las señoritas María y Sofía Gil, de Bilbao	100	»
Recibido de D. José Durán:		
De D. ^a María Jesús de Ansótegui.....	25	»
» » María de la Concepción de Ansótegui.....	15	»
» » Rogelia de Urigüen.....	15	»
» D. Vicente de Urigüen.....	15	»
TOTAL	3.222	10

(1) Se reciben en el Palacio episcopal, oficinas de Secretaría.